

REQUIEM DE LA MARIPOSA DE GONZALO ROJAS

BERTA LÓPEZ MORALES

Departamento de Artes y Letras, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad del Bío-Bío.

Réquiem de la mariposa es el título del segundo volumen de poesía editado, en noviembre del 2001, por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) que se suma a *¿Qué se ama cuando se ama?*, publicado el año pasado, y que junto a *Al silencio*, proyectado para el 2002, constituirá sin lugar a dudas un ambiciosa trilogía del poeta Gonzalo Rojas.

Este proyecto estético está destinado a presentar en cada uno de sus volúmenes una de las vertientes de su poesía: la erótica, la tanática y la numinosa. El poder connotativo de la palabra poética alcanza una dimensión mayor en estos textos, pues se suman a sus múltiples sentidos, nunca agotados en el verbo de este alquimista, las imágenes plásticas de dos conocidos artistas de la fotografía: Mariana Matthews y Claudio Bertoni, además del diseño y edición de imágenes digitales de Manuel Araneda. En efecto, la selección y orden de los poemas realizada por su autor permite a los seguidores de su poesía y a los neófitos entrar en una dimensión temática única, que se desplaza en una diacronía que cruza todo su quehacer poético comprometiendo al lector en el ensayo de nuevas lecturas en pos de desciframientos que se escurren o se alcanzan en las imágenes que lo acechan entre poema y poema, entre lectura y lectura y por qué no entre audición y audición; porque a esta conjunción de estímulos visuales es posible agregar la potente voz del poeta, que otorga a cada

verso el ritmo perfecto, la cadencia necesaria para agudizar todos los sentidos y dejar que la poesía se desplace libre y desvergonzada por entre los pliegues del texto.

El poeta en su "Palabra previa" entrega algunas claves: es tánatos, es muerte, es duelo, es de repente no estar, pero por sobre todo "no ver liturgia mortuoria en estas páginas ni responso ataúdico. Lo que aquí se juega es la mariposa del instante, y estoy de acuerdo con la idea según la cual la mariposa es un animal instantáneo inventado por los chinos". No es la elegía propiamente tal, no es el lamento inconsolable, exteriorización de una pérdida irremediable; por el contrario es la celebración como en "Carbón", poema de inicio, o tal vez pura metafísica como en "Réquiem de la mariposa", poema de cierre. Lo cierto es que en estos cuarenta y cuatro poemas Gonzalo Rojas entrega diferentes visiones de la muerte materializada en seres queridos: los padres, la familia, su esposa Hilda, escritores-amigos (Cortázar, Rulfo, Vallejo, Teillier, Eluard, Paz), personajes-símbolos (Che Guevara, John Lennon, Sebastián Acevedo) y hasta el propio poeta que se interroga, medita y siente como en estos versos: "Cerca que véote la mi muerte, cerca que te oigo/ por entre las tablas urgente, que te palpo/ y olfatéote con los gallos, cuadernas/ y sogas para la embarcación, cerca nerviosa mía que me aleteas y me andas/ desnuda por el seso y/ yo ácido/ en el ejercicio del reino que no reiné..."

La muerte rojiana es el despojamiento de lo terrenal, de la pura exterioridad, es la búsqueda de lo primigenio, del origen, de la vuelta a la tierra, al polvo sagrado; así en "Papiro mortuorio" el poeta rechaza los ritos fúnebres, "Que no pasen por nada los parientes, párenlos/ con sus crisantemos y sus lágrimas/ y aquellos acordeones para la fiesta del incienso.../.../ Fuera con lo fúnebre; liturgia/ parca para este rey que fuimos, tan/ oceánicos y libérrimos; quemen hojas/ de violetas silvestres, vístanme con un saco/ de harina o cebada, los pies desnudos/ para la desnudez/ última; nada de cartas/ a la parentela atroz, nada de informes/ a la justicia; por favor tierra/ únicamente tierra, a ver si volamos". Al poeta le asiste el convencimiento de que la muerte es un nuevo empezar y por ello el lamento no encuentra espacio en sus versos, quizá la mueca irónica ante la muerte-mortal "Parece que de lo que muere uno es de maniquí/ asustado en la vidriera inmóvil/ y horizontal con ese descaro/ como si uno no fuera el que es bajo los claveles/ y los gladiolos de alambre/ por lo equívoco de las luces", para concluir corto, tajante: "Circunstancias/ adversas impídenme concurrir".

Rostros tras velos, manchas como oquedades de termitas en las hojas de un libro, lo oscuro del carbón en la barca de Caronte, en lo negro del mar y la montaña definidos por el gris del cielo, amarillos naranjas, la bella diluyéndose, las sombras de pequeños objetos de porcelana, de cáñamo, de cristales: todos en espacios terracotas, paisajes en blanco y negro, texturas rugosas en azules grisáceos, un viejo automóvil cubierto por negra tela, sobre pastos secos ante un muro erosionado, verdes que se desplazan veloces y se eternizan en un recuadro, nudos, arrugas, hilachas que se enredan como la sintaxis de estos versos que dan cuenta de la transitoriedad, del devenir. Al leer "Réquiem de la mariposa" la convocación de esa instantaneidad se agolpa en algunas secuencias a través de todo el poema: "Sucio fue el día

de la mariposa muerta/ Acerquémonos/ a besar la hermosura reventada y sagrada de sus pétalos/ que iban volando libres, y esto es decirlo todo, cuando/ sopló la Arruga, y nada/ sino ese precipicio que de golpe,/ y únicamente nada." En este fragmento, lo simultáneo entre un momento de vida y su truncamiento queda expresado por uso de la expresión "iban volando", unido al adverbio "nada".

El uso de los pretéritos verbales del texto separa el "acontecimiento" de las sensaciones, emociones y reflexiones que el hecho (real o ficticio) suscita en el poeta: la muerte asociada a lo sucio, también evoca en el lector las ideas de destrucción, de caos, de abolición del ser. La realidad de la mariposa; la belleza de sus alas o pétalos, como las llama el hablante lírico, resulta desestructurada por la suciedad del accidente mortal, pero en el que persevera, a pesar de todo, la hermosura que fue la mariposa, no sólo por sus alas sino por el vuelo y la libertad que éste implica.

Sucio es el día de la muerte, del encuentro con la nada también para el hombre que se encamina hacia el precipicio del no ser: "Guárdela el pavimento salobre si la puede/ guardar, entre el aceite y el aullido/ de la rueda mortal./ O esto es un juego/ que se parece a otro cuando nos echan tierra. / Porque también la Arruga...". En efecto "también la Arruga", metáfora del tiempo con sus connotaciones destructivas, se hilvana amenazante con el día de la aniquilación total, "cuando nos echan tierra". En estos versos, por primera vez aflora una especie de reclamo, de rebeldía frente al sin sentido de la vida, que termina en la nada, pues la existencia humana se vería como un juego trágico.

En la última estrofa, esta idea se reafirma, pero vuelve a centrarse en la precariedad de la mariposa: "O no la guarde nadie. O nos guarde/ larva, y salgamos dónde por último del miedo:/ a ver qué pasa, hermosa./ Tú que aún duermes ahí/ en el lujo de

tanta belleza, dínos cómo/ o por lo menos, cuando.” La apelación a aquella que lo sabe todo, pues se encuentra en la dimensión de lo absoluto, de lo acabado, de lo inmutable, es más de aceptación; sólo reclama saber el cómo y el cuándo de la última y definitiva experiencia de todo ser vivo. Tampoco la materialidad del mundo concreto puede preservar la vida o el momento en que dejamos de ser, porque para no morir habría que permanecer en la larva o en la almendra, en la parálisis que privaría a todo ser de la pasión de vivir enigmas y misterios.

La “hermosura reventada” de la mariposa es por último el lecho mortuorio de la bella, en el que yace, sino la mariposa, el lujo de su belleza, aquello que la contiene

en su esencia y que el poeta reverencia y celebra acorde con el resto del libro y donde la palabra de Gonzalo Rojas jamás dejará de ser protagonista.

Es un hecho que la lectura de estos poemas entregará una visión ilusoriamente totalizadora de un tema recurrente en su creación poética, que se enlaza naturalmente con lo erótico y lo numinoso, es decir, con lo sagrado, con lo misterioso; ilusoria porque la palabra poética es siempre huidiza, es vértigo, es estallido que fulmina. Sin embargo, es necesario confiar al lector que el poeta ha escogido diecinueve poemas para el disco compacto que acompaña al libro y cuenta a su lector-escucha cómo se gestaron algunos de estos poemas: ¿anécdota o desafío exegético?

